

al oír semejantes enormidades, y pasaban de largo. El siglo XVIII procede más bien de Espinosa que de Descartes.

### § II.—Espinosa.

M. Cousin compara á Espinosa con Descartes, y la comparación no es ventajosa para el filósofo de Amsterdam. Descartes, dice, fué un *modelo de prudencia y de espíritu práctico*. El ilustre escritor admira la rara prudencia con que el filósofo del siglo XVII gobernó su barco: «Dedicó sus *Meditaciones* á la *Sorbona*, hizo *ofrecimientos* á los jesuitas, y suspendió *prudentemente* su demostración filosófica del movimiento de la tierra, despues del proceso de Galileo» (1). El discípulo no se parecía en nada á su maestro. Espinosa repetía con frecuencia que había adoptado con gusto esta máxima de Descartes: «No admitir como verdadero más que lo que está fundado en la evidencia.» Hasta aquí están de acuerdo, pero el pobre judío se equivocó al creer que esta máxima filosófica se había hecho para practicarla. Habiendo tenido dudas sobre las creencias religiosas en que había sido educado, dejó de observar la ley de Moisés. De aquí un grande escándalo en la pequeña comunión de Amsterdam: ofrecióse á nuestro filósofo una pensión de mil florines si quería ir de tiempo en tiempo á la sinagoga. Espinosa, convencido de que la doctrina de los rabinos era falsa, rechazó la oferta, protestando que aun cuando le dieran diez veces más no aceptaría y no acudiría á sus reuniones, porque no era hipócrita y no buscaba más que la verdad. Hé aquí el crimen; oigamos las reflexiones que inspiró á M. Cousin: «Descartes en el lugar de Espinosa, hubiera también seguramente rechazado una pensión, signo de recompensa de una fe que no estaba en su corazón; pero una filosofía *más madura y más elevada* le hubiese hecho mirar como una *gran falta* el herir sin necesidad creencias dignas de respeto, y sin celo afectado, pero sin desden, bien poco filosófico, hubiera acudido alguna vez á la sinagoga, y orado

(1) COUSIN, *Fragments filosóficos*, t. II, p. 175-176.

ante Dios con los hermanos que la suerte le había deparado» (1).

Lo que M. Cousin condena como una *gran falta* es á nuestros ojos la gloria de Espinosa, y el elogio que hace de la prudencia de Descartes es su censura. Si la filosofía no consiste más que en palabras y bellas frases, concebimos que se pueda ser filósofo y llevar al mismo tiempo un cirio en las procesiones. Pero en este caso no vemos para qué sirve la filosofía, á ménos que no sea para ser profesor y académico. La filosofía no es nada, si no llega á ser una convicción tan profunda para el filósofo como las creencias religiosas lo son para los fieles. ¿Se comprendería que un católico frecuentase los templos protestantes ó las sinagogas de los judíos? Se le consideraría como un hipócrita. ¿Será por ventura la hipocresía una virtud entre los filósofos? Lo que es el vicio más vil en un creyente, ¿se convierte en signo de una elevada filosofía en el libre pensador? ¡Dios nos libre de semejante *prudencia*! Nosotros nos inclinamos con respeto ante Espinosa; si la filosofía tuviese sus santos, merecería un culto. Pero hay un culto más puro que el que los católicos dan á sus santos: imitar las virtudes de aquellos á quienes honramos como los guías divinos de la humanidad. Entre estos grandes hombres, Espinosa ocupa un lugar preferente, precisamente porque prefirió vivir con unos pocos cuartos diarios á mentir á su conciencia, afectando una fe que no tenía.

En cuanto á Descartes, sea cualquiera su grandeza como filósofo, los hombres que aman la verdad no verán jamás en él un modelo que imitar, sino debilidades inexcusables que evitar. Si el siglo XIX sufre, si parece decaer, consiste en que no tiene el valor de practicar lo que piensa: ha abandonado el cristianismo en su fuero interno y continúa llamándose cristiano. ¿Qué resulta de ahí? Que no tiene regla de conducta; no quiere ya regla religiosa, y la regla filosófica no es más que una vana teoría. De aquí las vergonzosas debilidades de que somos testigos, y que harían desesperar del porvenir de la humanidad si no tuviésemos una firme confianza en el gobierno de Dios. Para reanimar los espíritus, no es menester predicarles una *elevada filosofía* que conduzca á no te-

(1) COUSIN, en el *Diario de los Sabios* 1861, p. 79.

ner ni fe ni ley; es menester predicarles, y predicarles con el ejemplo, que los que abandonan la Iglesia deben reemplazar la fe que dejan por convicciones más verdaderas, y que deben vivir conforme á sus convicciones. Solamente con esta condicion tienen el derecho de separarse de los hermanos que les ha dado el nacimiento; este derecho es á la vez el más imperioso de los deberes. De este modo la sociedad se fortalecerá; con la doctrina y la práctica de una prudencia hipócrita, perecerá en la podredumbre.

Faltaba á Descártes el valor moral, sin el cual no hay verdadero filósofo. Aquella pusilanimidad reobró sobre sus conceptos filosóficos; no se atrevió á abordar las cuestiones religiosas. Espinosa, por el contrario, se atrevió á todo, y ordenó su vida de modo que fuera libre como el pensamiento: viviendo de pan y de leche, gastando tres sueldos por día y ganándolos con el trabajo de sus manos. Este filósofo obrero fué la encarnación del libre pensamiento. Si Descártes emancipó la filosofía, segun se dice, por más que la cosa sea discutible, Espinosa fué el libertador del espíritu humano. De aquí el ódio de todos aquellos á quienes queda la menor relacion con el cristianismo tradicional. La censura vulgar que se le dirige es la de ateísmo. Esta acusacion se vuelve contra los acusadores. Los cristianos de nuestros tiempos no notan que se encuentran respecto de la filosofía en la misma posicion en que se encontraban los paganos respecto del cristianismo primitivo. Los Romanos trataban á los discípulos de Cristo de *ateos*; en efecto, los cristianos destruian el imperio de los dioses del Olimpo, negaban la Divinidad, tal cual se adoraba entre los gentiles. Hoy los papeles han cambiado, pero en el fondo el espectáculo es siempre el mismo: los cristianos acusan á los filósofos de ser ateos. Y bajo el punto de vista del cristianismo histórico, los libres pensadores son realmente culpables de ateísmo, porque su primer artículo de fe es negar la divinidad de Jesucristo, Dios de los cristianos. Los cristianos son, pues, los paganos del siglo XIX, en el sentido de que son los defensores de un pasado que se derrumba, al paso que los filósofos se encuentran en la posicion de los cristianos primitivos: inauguran un nuevo concepto de Dios. Estas analogías históricas deberian hacer reflexionar á los defensores de la ortodoxia; no deberian prodigar tanto una

acusacion que en otros tiempos fué un título de gloria para los cristianos. ¿Quién sabe si la posteridad emitirá el mismo juicio sobre nuestras discusiones? Para nosotros no ofrece el menor asomo de duda.

Espinosa es ateo. Sea enhorabuena: esto quiere decir que no adora al Dios de los cristianos. Se forma otro concepto de la divinidad. Falta saber cuál es el verdadero. Es positivo que la idea del cristianismo no es ya la de la humanidad moderna. Desde luégo claro está que la filosofía no acepta la supersticion del Hijo de Dios, encarnado en el seno de una Vírgen. Un Dios que se hace hombre es á los ojos de los filósofos una cosa tan imposible como un hombre que se hiciera Dios. Si creemos á la fe ortodoxa, estamos en pleno ateísmo. ¿Pero quiénes son los verdaderos ateos, los que rebajan la Divinidad confundiéndola con un sér finito, ó los que la colocan por encima de la humanidad? Dejemos á un lado al Hombre Dios, y veamos qué idea se forman los cristianos de la divinidad. Estamos en el siglo XVII, edad cristiana, segun se dice, á la par que filosófica. Interroguemos á los hombres que han brillado por su fe, é interroguemos la conciencia moderna; mucho nos engañamos si el siglo XIX piensa todavía como pensaban Saint-Cyran, Pascal y Bossuet.

«Jesucristo, dice el abad de Saint-Cyran, tiene siempre el hacha en la mano para cortar la cabeza de los malos y arrojarlos al fuego del infierno como leña seca é inútil.» ¿Es todavía nuestro Dios ese Dios verdugo? Ese debe, sin embargo, ser el Dios de los cristianos, puesto que creen que son muchos los llamados pero pocos los escogidos. ¿Qué es en ese caso de los que no son escogidos? El día del juicio final, Cristo, ese juez terrible, desempeñará efectivamente el papel de verdugo, puesto que precipitará á los condenados en el infierno para que allí sean atormentados por toda la eternidad. ¿Por qué Dios aplaza ese día fatal? «Lo que le detiene por algun tiempo, responde Saint-Cyran, es la oracion y la intercesion de los ángeles, de los santos y de los hombres de bien, los cuales detienen su justicia para dar tiempo á los hombres de hacer penitencia.» ¡Es decir, que las criaturas se muestran más misericordiosas que el Creador! ¡El hombre vale más que Dios! No, ese Dios no ha sido jamas hombre; si no, tendria piedad hácia

la debilidad humana y hubiera adquirido un poco de humanidad en su condicion de criatura. Es el Dios de caridad, dicen sus adoradores. Veamos en la práctica esa caridad: tiene sus elegidos, pero ¡á qué precio! «Dios, dice el abad de Saint-Cyran, ha matado frecuentemente á una *infinidad de hombres comunes á quienes no amaba, por conservar á uno á quien amaba!*» ¡Gran Dios, qué blasfemia! Y no puede ser imputada á una secta á fin de lavar al cristianismo, porque Saint-Cyran no hace más que reproducir las enseñanzas de San Agustin, y ¿no es San Agustin el doctor del Occidente? ¿No es él quien ha enseñado esta horrible doctrina repetida por su fiel discípulo: «La justicia *vengadora* de Dios castiga á los niños muertos sin bautismo, con la condenacion, por el solo pecado de su primer padre?» (1).

Goethe dice que el cristianismo que condena á los niños ha hecho más incrédulos que la filosofía atea del último siglo. Esta es la voz de la conciencia moderna reprobando el concepto cristiano de Dios. Despues de esto, véngase acusando á la filosofía de ateísmo! Los filósofos de la antigüedad, los que no conocian á Cristo, son infinitamente superiores á los adoradores de Cristo. Pascal temblaba ante el pensamiento de que al salir de este mundo, *caeria en las manos de un Dios irritado*. Sócrates decia á sus amigos que estaba seguro de encontrar buenos señores en los dioses. ¿Quién está en lo cierto? ¿El filósofo que, segun los cristianos, caminaba en las tinieblas de la muerte, ó el pensador iluminado por la luz de una revelacion divina? Es siempre el mismo concepto del Dios-verdugo, y volverémos á encontrarlo en el último Padre de la Iglesia. El malaventurado dogma de la caida ha extraviado á San Agustin y á sus discípulos hasta hacer de un Dios de caridad un Dios más cruel que los más crueles tiranos. Despues de haber contado la historia del pecado de Adan, la Biblia añade: *Y Dios dijo: Ved á Adan que ha llegado á ser como uno de nosotros, puesto que sabe el bien y el mal; cuidemos de que no alargue su mano hácia el fruto de vida, y viva eternamente*. Bossuet confiesa que hay en estas palabras «una amarga é insultante irrisión»; sin embargo, las justifica. «Dios dice: Mirad á este nuevo Dios que no se ha

(1) SAINT-CYRAN, *Cartas espirituales*, t. I, p. 367-500; t. II, p. 83.

contentado con la semejanza divina que Dios habia impreso en el fondo de su alma; se ha hecho Dios á su manera. Ved cómo es sabio, y cómo ha aprendido el bien y el mal á su costa: cuidémonos de que despues de habernos quitado la ciencia no nos quite tambien la inmortalidad. Notemos que *Dios añade la burla al suplicio*. El suplicio se debe á la desobediencia, pero el orgullo provoca la burla. Esto es, diréis, *llevar la venganza hasta la crueldad*. Yo lo confieso; pero Dios tambien será *cruel é implacable*. Cuando su bondad haya sido despreciada, llevará el rigor hasta *teñir y lavar sus manos en la sangre del pecador*. Todos los justos acompañarán en esta burla á Dios» (1). ¡Un Dios cruel é implacable! ¡Un Dios que se venga, y que lleva la venganza hasta lavarse las manos en la sangre del pecador! ¡Un Dios que añade la burla al suplicio! ¡Y los justos que participen de esta burla á título de felicidad celestial! Los justos no se rien, salvo cuando se trata de reirse de los condenados! ¿Qué falta ya al Dios verdugo? ¡Y es Bossuet el que habla! ¡Y emplea este lenguaje para elevar el alma de los fieles á la sublimidad de los misterios!

Fijémonos en la *burla unida á la crueldad*, para formarnos una idea del Dios de los cristianos. Acabamos de ver la Sagrada Escritura; hemos visto, pues, la palabra de Dios, no ya una doctrina humana. ¿En qué circunstancias tiene Dios por conveniente dirigir á una criatura *esta amarga é insultante burla*, ántes de entregarla al suplicio? El hombre ha pecado, y ¿cómo no habia de pecar siendo hombre? Dios ha previsto ántes de crearlo que pecaria. ¿Cuáles van á ser las consecuencias de esta primera falta? La muerte eterna de la inmensa mayoría de los hombres. Dios, dicen los ortodoxos, da al pecador la gracia que necesita para salvarse. Esta pretendida gracia es una mentira, porque oid á Bossuet: «Dios permite el pecado, *endurece al pecador*, para hacer brillar su justicia *vengadora*» (2). Pues bien, en el momento en que Dios pronuncia contra Adan la terrible sentencia que va á precipitar á su posteridad en los infiernos, es cuando le parece conveniente reirse del hombre que ha formado; teme que coma del árbol de la

(1) BOSSUET, *Elevacion sobre los misterios*, XIV (*Obras*, t. III, p. 492).

(2) ID., *Defensa de la tradicion y de los Santos Padres*, lib. XI, c. V.

vida, lo cual le daría la inmortalidad, y en ese caso, ¿qué sería de la *justicia vengadora!* Necesita hombres, porque su justicia exige que se *vengue!* ¡Y *qué venganza*, exclama Bossuet, después de la separación del juicio final! (1)

Los cristianos dicen que Dios se ha hecho hombre; deberían añadir que su Dios es más malo que el hombre, porque no hay tirano que se aproxime al ideal de atrocidad que Bossuet acaba de pintarnos. ¿Cuál es el destino del hombre en esta espantosa creencia? Vamos todavía a oír á Bossuet; es ménos consecuente que los severos discípulos de San Agustín, pero lo que conserva de las enseñanzas de su maestro basta para viciar tanto su moral como su teología. ¿Cuál es, según los filósofos, la ley del hombre? Debe obedecer al deber sin considerar las consecuencias que puedan resultar: no deben determinarle ni la pena ni la recompensa; de otro modo la moral no es más que un cálculo, es decir, que el interés reemplazará al deber. Ahora bien, en la doctrina cristiana la moral es una verdadera especulación. Bossuet no quiere de ningún modo que la caridad sea desinteresada; necesita absolutamente un motivo interesado para todas nuestras acciones: y bajo el punto de vista cristiano, tiene razón. La Sagrada Escritura es la palabra de Dios; enseña en todas sus páginas á los hombres que deben amar á Dios y al prójimo, en atención y á causa de la felicidad celestial prometida á los justos. La ley antigua, ley revelada, proponía bienes terrenos como recompensa, y no conocía otros: «Escucha, Israel, y ten cuidado de observar los mandamientos que te da el Señor tu Dios, á fin de que seas feliz, que te multipliques y que poseas la tierra que mana leche y miel, como el Señor te ha prometido.» Como se ve, la moral es un contrato innominado, como dicen los juristas, *facio ut des*: el hombre se obliga á observar los mandamientos de Dios, y Dios le promete una numerosa posteridad y una tierra que mana leche y miel. Los personajes más santos de la ley antigua no tenían otro ideal. «Abraham, dice Bossuet, es el padre de los creyentes, y el modelo de la justicia cristiana aún en los más perfectos.» El *modelo de esta justicia* es un contrato interesado. Dios dijo á Abraham: «Yo soy tu pro-

(1) BOSSUET, *Meditaciones sobre el Evangelio*, t. IV, p. 212.

tector y tu recompensa.» Lo cual acepta el patriarca, diciendo: «Señor, ¿qué me daréis?» David, *aquel hombre según el corazón de Dios*, confiesa «que ha inclinado su corazón á observar sus mandamientos, á causa de la recompensa.» El contrato está tan brutalmente expresado, que ha escandalizado á los doctores escolásticos. Bossuet se admira de que hayan tratado de eludir palabras tan claras y tan ortodoxas. Un santo más grande, el Hijo de Dios, se expresa de la misma manera, salvo que la felicidad es espiritual. Jesucristo promete el *céntuplo*, con la *vida eterna*, á los que tienen por él un amor tan grande que les hace abandonar todo cuanto tienen. Todas las máximas de la perfección evangélica, según Bossuet, se resumen en estas palabras: «Haced esto y viviréis.» Siempre un contrato; ¿qué importa que el motivo interesado sea el cielo? (1) Desde el momento en que el objeto es la felicidad, ya sea celestial ó terrena, el deber se convierte en un medio y la moral en un cálculo.

Cuando se pasa de la doctrina cristiana á los pensamientos de Espinosa, es como si se abandonase la pesada atmósfera de un valle oscurecido por los vapores de la tierra, para elevarse á las alturas en que el cielo está siempre sereno. Dios no es ya un hombre que ha vivido y sufrido entre nosotros. El filósofo no conoce más Hijo de Dios que la eterna Sabiduría, que se manifiesta en todas las cosas, y sobre todo en el alma humana. Esta Sabiduría nos enseña lo que es verdadero y lo que es falso, lo que es bueno y lo que es malo. Si se pregunta á Espinosa lo que piensa de la encarnación del Verbo de Dios, responde que no sabe lo que se quiere decir; le parece tan absurda como pretender «que un círculo ha afectado la forma del cuadrado.» La noción del Hombre-Dios es una superstición, y como es el fundamento de la doctrina cristiana, ¿debe extrañarnos que la superstición reine entre los cristianos en lugar de la religión, es decir, la ignorancia en vez de la sabiduría? Hé aquí por qué defienden su creencia por medio de los milagros: siempre la ignorancia, fuente de toda malicia (2). Nada

(1) BOSSUET, *Sobre las máximas de los Santos* (Obras, t. XIV, p. 444, 478, 522-525, 538).

(2) ESPINOSA, *Epist.* XVI.

ménos racional que apoyar la fe en narraciones históricas, áun cuando fuesen milagrosas; porque la ley divina se deduce de la única consideracion de la naturaleza humana; puede concebírsela en el alma de todo hombre, lo mismo en un solitario que en el que vive entre sus semejantes. Con esto cae por su base la tradicion, que desempeña tan gran papel en la Iglesia: no son las narraciones históricas las que pueden darnos el conocimiento de Dios, ni por consiguiente el amor de Dios que de él se desprende. Este conocimiento lo sacamos de las nociones universales que se revelan por sí mismas y llevan consigo una certidumbre inmediata. La nocion de Dios del filósofo, sacada de las fuentes de lo absoluto, no tiene nada de humano. Cuando se representa á Dios bajo los rasgos de un legislador, y se le dan los nombres de justo, de misericordioso y otros semejantes, se hace por ponerse al alcance del vulgo y acomodarse á la imperfeccion de su conocimiento. En realidad, Dios obra y dirige todas las cosas por la sola necesidad de su naturaleza y de su perfeccion; sus decretos y su voluntad son verdades eternas é implican siempre la necesidad absoluta (1).

¿Cuál es el destino del hombre? ¿Cuál es la ley que le rige? No contestamos ya con los cristianos, que es la felicidad celestial; decimos que es el perfeccionamiento de sus facultades. Espinosa expresa la misma idea á su manera. El hombre debe conocer y amar á Dios: «La perfeccion crece en razon de la naturaleza y de la perfeccion del objeto que ama sobre todas las cosas. De donde se sigue que necesariamente es más perfecto aquel que ama sobre todas las cosas el conocimiento intelectual del sér más perfecto, á saber, Dios, y se complace en él con preferencia á todo lo demas.» Sacado el destino del hombre de las profundidades de la naturaleza humana, claro está que la ley que de él se deriva es una ley universal. En vano han querido los católicos hacer de su religion la creencia de todos los pueblos, de todos los tiempos; este catolicismo no se ha realizado ni realizará jamas, porque hace depender la salvacion, es decir la perfeccion, de la creencia en hechos milagrosos, que han sido negados siempre, y que, áun cuando fuesen verdaderos, no forman la certidumbre. La religion natural sola-

(1) ESPINOSA, *Tractatus theologico-politicus*, c. IV.

mente es por su esencia la religion absoluta, porque Dios la ha grabado en el espíritu humano, poniendo en nosotros la idea de él mismo y como una imágen de su divinidad (1).

El concepto cristiano de Dios tiene las más funestas consecuencias. Solamente por la fe de Jesucristo llegan los hombres á la bienaventuranza, lo cual excluye de la salvacion eterna á todos aquellos que no conocen al Hijo de Dios, á todos aquellos que no quieren ó no pueden adorarle como coeterno con el Padre. De aquí la desconsoladora creencia de un Dios-verdugo, siempre armado del hacha. ¡Qué distancia entre esta nocion de la Divinidad, digna de salvajes, y la de Espinosa! ¿Qué importa que los hombres conozcan la Escritura, qué importa que sepan lo que ha sucedido en un pequeño país que se llama la tierra santa? ¿No saben por la luz natural que existe un Dios? Si por otra parte observan una vida ordenada por la razon, ¿no tendrán la verdadera felicidad, puesto que poseen una creencia verdadera, á la cual conforman su conducta? Luego aquellos á quienes los cristianos en su estrechez de ideas llaman infieles, pueden tener fe lo mismo que los que se llaman fieles por excelencia; su fe será hasta más pura; y si adoran al Dios que les revela la luz natural por la práctica de la justicia y el amor al prójimo, su salvacion está asegurada. A la altura á que se coloca Espinosa, esto es de una certidumbre tan grande, que no se toma siquiera el trabajo de contestar á las deplorables razones que los cristianos alegan en pro de sus falsas creencias: se contenta con separarlas como de pura imaginacion, como un mal sueño (2).

Los cristianos se vanaglorian de que ellos solos tienen la verdadera moral, como ellos solos tienen la verdadera religion. ¡Orgullo nacido de la ignorancia! Su moral no es más que una especulacion de comerciante, un cálculo de mercenario. Pongamos frente á lo que Bossuet acaba de decir, la doctrina de un filósofo á quien todo ortodoxo se cree obligado á insultar. La salvacion no puede ser más que la realizacion de nuestro destino; puesto que el hombre tiene por mision conocer y amar á Dios, el conocimien-

(1) ESPINOSA, *Tractatus theologico-politicus*, c. IV y XII.

(2) ID., *Tractatus*, c. XII, v.—*Epist.* XLIX.